



Sor Eusebia Palomino

La pequeña mendiga de Dios

Cuando llegaba el invierno, partían de Cantalpino un hombre y su niña. Iban a mendigar. Cuarenta y un años el hombre, Agustín Palomino. Siete años la niña, Eusebia. “Hacía mucho frío —escribirá aquella niña—, pero yo sentía todavía el calor del abrazo de mi madre, y me seguían sus palabras: ¡vuelvan pronto, porque estoy preocupada!”

Al llegar a una aldea, la recorrían casa por casa, extendiendo a mano. Eusebia miraba a las personas de abajo arriba, sonreía y decía: “Un pan, por el amor de Dios”. Nadie se resistía a la sonrisa de la niña mendiga. Eran gente pobre. Les daban un pan, un plato de garbanzos o un puñado de lentejas, o una tajadita de tocinó.

Juana Yenes y Agustín Palomino, cuando se casaron, habían puesto juntos su afecto y su miseria. Vivían en una casucha hecha aprovechando un pajar: tres cuartos blanqueados de cal. Habían llegado cuatro hijos: Antonio, que sólo vivió tres años, Dolores, Eusebia y Antonio. Llegó también el quinto, Moisés, pero vivió pocos días. Los hijos llegaban, pero nunca le llegó a Agustín un trabajo. Los ricos latifundistas que poseían grandes campos alrededor, lo contrataban frecuentemente como vaquero de mayo a septiembre, cinco meses al año. Pero tenía sobre sus espaldas a su familia los 12 meses del año.

A los diez años, recuerda Eusebia, “mis padres me mandaron a una familia como criada y niñera. En cuanto a la escuela, Eusebia sólo había tenido tiempo de asistir al primer grado de primaria. La inmensa aula en la que vive

es la naturaleza; la realidad en cuyo alrededor tejó sus primeros pensamientos es la presencia de Dios. "¡Qué feliz era en los campos! Contemplaba los prados en flor, escuchaba con atención el canto de los pájaros, observaba las nubes que navegaban en el cielo azul y me decía: ¡qué hermoso es todo! Pero nada me gusta tanto como esas nubes tras de las cuales está el Paraíso!".

A los trece años, junto con su hermana Dolores, fue a Salamanca como criada y niñera. Primero en una familia, luego en un colegio, luego con las Hijas de María Auxiliadora. Había entrado un día en su oratorio para inscribirse en la escuela de los domingos. La directora la había observado por algún tiempo, luego le dijo: "Vamos a tener necesidad de una muchacha como tú para ayudarnos en los trabajos de casa y para acompañar a las niñas a la escuela pública. ¿Te gustaría venir?". Entró en los primeros días de diciembre de 1917.

Eusebia ni es ni será nunca una profesora. Pero su vida comienza a proyectar aquella luminosa "lección cristiana". Una niña de aquel tiempo, atestigua: "Un grupo de muchachas internas, encargadas de poner en orden el comedor, yendo y viniendo de la cocina, entrábamos a propósito y sólo para escuchar a Eusebia Palomino. La hermana, nuestra asistente, nos preguntaba: "¿Pero se puede saber por qué cuando van a la cocina se tardan tanto en salir?. Siempre respondíamos la misma cosa: "Estamos escuchando a Eusebia.... se veía que sólo vivía de Dios y para Dios".

31 de enero de 1922. Eusebia es admitida como postulante junto con la maestrita Amalia Fernández. Ahora tendría que marchar a Barcelona-Sarriá para iniciar el período de estudio y de preparación al noviciado. La maestrita parte, pero Eusebia (dice la crónica de la casa) "hará aquí su postulante

porque falta la hermana cocinera y ella la suplirá". El primer grado de primaria continúa siendo su único título de estudio. Escribirá: "Hice el postulado en Salamanca y todo lo que se me encargaba lo hacía con alegría. Mientras tendía la ropa rezaba el rosario entero. Y se lo ofrecía todo a la Virgen Santísima. Cuando iba por la calle pensaba continuamente en el sagrario de las iglesias delante de las cuales pasaba. Hacía la comunión espiritual. Si tenía tiempo y la iglesia delante de la cual pasaba estaba abierta, entraba al menos un momento".

El 5 de agosto de 1922 Eusebia viste el hábito de las FMA y comienza los dos años de noviciado. Dos compañeras cuyas recuerdan: "Durante el primer año le dieron a Eusebia el encargo de trabajar el huerto. Era sencilla, ingenua, inocente. Por su simplicidad

a veces nos reíamos de ella, pero no se ofendía de ninguna manera". Al principio la maestra del noviciado le aconsejó un libro para que comenzase a hacer meditación. Con estupor, Eusebia le preguntó: "Pero es que es necesario un libro para meditar?". "¿Cómo la haces tú?", le preguntó la maestra. "Oh, me basta ver un olivo o cualquier otro árbol para meditar sobre Dios". Sólo había estudiado el primer grado de primaria, y sin embargo, a Dios lo conocía desde hacía mucho tiempo.

Hace su primera profesión religiosa el 5 de agosto de 1924, y recibe la primera obediencia: Valverde. Al partir, abraza a su querida hermana sor Caridad, y le dice: "Hagámonos santas. Todo lo demás es perder el tiempo".

En Valverde vive gente sencilla, gente pobre. Llega sor Eusebia y le encargan que se haga cargo de la cocina, la portería, la ropería, la asistencia del oratorio. En estos humildes locales, entre

esta gente sencilla, Dios hace florecer los "milagros" de sor Eusebia.

Las muchachas de la escuela y del Oratorio, cuando llegó, la llamaron "pequeña, amarilla, delgada, la de manos gruesas y de nombre feo". Pero tras pocos días van cada vez con más frecuencia a buscarla, a ayudarla en sus trabajos con alegría, a escucharla. Ella les habla de María Mazzarello, de Don Bosco, de las misiones entre los jíbaros, entre los chinos, cuenta la vida de los santos que ha leído en el noviciado.

Algunos años después, muchas de aquellas muchachas estarán entre las postulantes. La nueva inspectora, preguntará: "¿Y tú de dónde eres?", y escuchará la respuesta: "de Valverde", "de Valverde", "de Valverde"... y la inspectora sorprendida "¿Pero, qué es lo que hay en Valverde?". Le responderán que hay una cocinera con asma, que cuenta a las muchachas cuentos sencillos.

Seminaristas, sacerdotes, muchachas iban a consultar sobre su futuro a sor Eusebia, mientras tendía la ropa en la huerta o pelaba patatas en la cocina. Y ella aconsejaba, predecía el porvenir, animaba una vocación auténtica, o desaconsejaba una falsa. Y a quien le preguntaba cómo sabía esas cosas, respondía con una que Don Bosco había empleado muchas veces: "He soñado".

El asma se hizo intolerable, la hizo morir ahogándose mil veces, retorció su cuerpo como un ovillo enmarañado. Murió el 10 de febrero de 1935, cuando solamente tenía treinta y seis años. A quien la asistía, le tendió una vez más su mano como una pequeña mendiga diciéndole: "Dígame cosas buenas, que me consuelen".



«me basta ver un olivo o cualquier otro árbol para meditar sobre Dios»